

La Diva

Nadie debería escribirla, símil del ocre. ¿Se arrastra o degusta? (Tampoco pensarla; hay pendientes: grifos con tintineo, chirridos de fantasmas, cuadros volando.) No sea tinta sino materia de silencio.

Un “tal vez hojee el libro de tu historia” si acaso. Mas no cascadas de letras, arquitrabes de palabras, antítesis que vayan del balcón a la cúpula.

La v-i-d-a deambula por los textos... o por los Pirineos, no se sabe.

No hay cronista de tales ojos, escribano para sus labios dulces. La Diva es indescriptible, ágrafa, una fuga entre el abecedario. Y esto es lo que se dice, justo aquello que no se puede narrar.

Un gemido al vuelo colgado del calor del aura. La utopía. Ella es la utopía.

Vocera de la patria, donde perro come perro y se pican las agujas. También se la ha visto como la cintilla desprendida rezando “mejor obra nunca escrita”, foto velada y poema blanco.

Así que no está. Nada la cuenta. Su discurso no es la historia, palabra al viento. Sin embargo existe. Quien

la vea, para su fortuna hubo algo bueno. Y si un beso de ella obtiene, porque es caricia no descrita, llevará para siempre la ficción en la memoria.

Una visita

El jueves a la puesta del sol la puerta del zaguán, cerrada con aldaba, rechinó largo y sonoro; un terrón como un huevo de pavo cayó del techo de la cocina formando una estrella sobre la mesa de pino, luego una codorniz cantó; señales inequívocas de que alguien ausente por largo tiempo vendría a casa. El viernes al amanecer murió mi abuelo.

El Sabbath

Ésta es la luna del ritual, zoomorfa, blanca de tristeza, un aullido de lobas que no cesa en mis oídos, una canción de mujeres desnudas. Éste es su ritual y tiene, para correr la noche en vela, dos piernas depiladas por los rasguños de los brezos. ¿Cómo interrumpirlo si cada vientre maduro llora su eco, la voz que les recorre el útero infecundo, la pelvis quieta, la vagina solitaria?

Déjenlas ser una noche al menos, y las zagalas retornarán en la madrugada.

Remedio

Tal cual el pensamiento se desvía en busca de sus propios intereses oníricos, así el hombre estuvo tratando de conciliar sus restos de memoria. No eran más que un montón de paños deshilachados rogando por un sastre competente, pero a fin de cuentas, maltrechos o no, incoherentes o no, había que remendarlos.

El hombre se dijo hombre para pensar y trabajó con su cerebro toda la duermevela. Al despertar sólo estaba seguro de que faltaban las piezas principales para reacomodar su vida de ayer, algo así como si a un arco de medio punto le faltara la piedra angular.

Un baño de regadera. Eso ayuda.

El agua recorriendo sus sienas, algo fría, las gotas le hacen un espacio fresco en la conciencia. Ya puede recordar un lugar, el armario de las toallas, en el pasillo, a la vuelta. Es posible; se aventura, sale desnudo de la ducha y la cerámica fría le avisa que se encuentra en un segundo piso. Toma la toalla y cierra el armario, una ráfaga de viento se cuele por la ventila a medio abrir; su ropa espera sobre una silla café, no puede precisar dónde, camina tanteando el terreno, en espera de otro

mensaje a través del piso, casualidad, da con la ropa, no encuentra el peine pero ha olvidado que nunca lo encuentra en las mañanas.

Baja la escalinata estrecha, termina frente al refrigerador y se sirve un vaso de jugo de naranja embotellado; mientras lo traga y saborea recuerda a qué se dedica, colige que es lunes, debe iniciar una semana de labores, saca todos los cubos de hielo, los vacía en su sombrero, se lo pone. Mientras duren congelados podrá vivir en la normalidad del recuerdo.

Historia muerta

Cada vez que escucho “el soberano juicio de la historia”, me da risa.

Perdón, pero es que las sombras no son hojas de libros. Mi sueño imita los ecos de las trompetas de Jericó, mas no estuve allí.

En cada hombre que pisa la flor de su pasado encuentro un vago desvelado. Una noche pasa y su luna reverbera en el tiempo; oigo de nuevo “condenados a repetirla” y sonrío otra vez.

Qué más quisiera que la manzana de Newton girara y no cayera, pero he aquí que se bifurca el haz de luz, y palidece la muerte temporal de la presencia.

Queda el pasado anclado. Nadie se diga salvo de ostracismo, ella es la reina, la muerte, digo, la consistente, la gallarda veta de plata, la segadora, la roja.

¿La historia?: la recopilación de cadáveres, algunos hechos deslumbrantes, algunas anécdotas curiosas, algunos sujetos que quisieron burlarse de nosotros.

El hombre camina a ciegas, tropieza, rueda su piedra laberíntica, esencia pura. ¿Para qué reiterar la identidad? ¿Qué se gana? ¿Qué se pierde? Se vive para morir; ésa, y nunca otra, es la historia.

Ausencia

Cuentan que el último dragón no era más que la extensión del aliento de Dios. Un niño mago, y no un guerrero, apagó su ardor llevándolo al Polo Norte a jugar con el hielo. Allí lo abandonó. Aún busca el camino de regreso.

Transmitir

Cuando Lilith refloreó sobre la tierra, cuatro bestias surgieron acompañando sus gemidos, una por cada rumbo del horizonte; la del norte portaba un diamante, la del este un rubí engastado en bronce, la del oeste un collar de esmeraldas, la del sur un escudo de oro.

Las cuatro bestias ocupaban el tiempo matando hombres mientras los hombres pensaban cómo hacer para matar a las cuatro bestias.

Los pueblos del norte se unieron y acabaron con la bestia diamantífera con una lluvia de fuego.

Los pueblos del este eligieron a su mejor guerrero y éste desangró a la bestia bronceada con pequeñas agujas hasta hacerla morir.

Los pueblos del oeste construyeron una sofisticada máquina que aplastó a la bestia junto con su gran collar.

Los pueblos del sur no quisieron unirse y la bestia dorada desoló las comunidades hasta que terminó con toda señal de vida. Murió por decrepitud y hambre.

Lilith sonrió y fue allá, al sur, con el fin de parir a tres millones de hijos, resultado de otras tantas forni-

caciones. Así nacieron los denominados “mala luna” o suplantadores del sur.

Con el tiempo, la necesidad y las enseñanzas de su progenitora, los mala luna aprendieron a sobrevivir robando la comida y las mujeres de los demás pueblos.

Por eso se dice que Lilith, la lechuza lasciva, es la matrona de los salteadores nocturnos.

Otra vez ayer

Si la vida no doliera tanto... con qué gusto el cantor diría “sueño”, “amante” y “flor”.

Si los muertos tirados en las calles se levantaran al oír la voz del director diciendo “corte”.

Si los hombres camináramos de puntillas para no incitar la vigilia del vecino.

Si las manos crispadas se ocuparan en amar...

Cada día, al despertar, uno, cualquiera que piense entre una sábana limpia, tiene la esperanza de que todo pare, de que el Apocalipsis se detenga.

Sales a la ciudad en ruinas, tomas un camión de heridos, contratas, vendes, matas, hasta el regreso a casa. Y todo sigue igual.

Si la vida se diera un respiro para ella misma... Con qué gusto me levantaría (sí, yo, el derrotista) mañana a encontrar una ciudad campirana, a viajar en una ambulancia desocupada, a besar, a tocar, a sentir.

Pero hoy es otro día, y todo sigue igual.

Estudiante en vacaciones

Corre al coche, toma las llaves del forro interior de la chamarra de cuero, lanza la bolsa con el papel moneda al asiento de atrás, se quita los lentes oscuros, abre la guantera y deposita la pistola hasta el fondo para que se cubra con los cuadernos y facturas acumuladas. Arranca, dos calles y toma la avenida, se mete al estacionamiento de la plaza comercial, acomoda el automóvil entre las camionetas, levanta el asiento frente al volante, saca la ropa, se cambia, deja ahí el dinero y la ropa que vestía, cierra con cuidado, instala la alarma y se va de compras, perdiéndose entre los videojuegos, los locales de comida rápida, la oferta y la demanda, de la que ahora sí puede formar parte; al pasar por los electrodomésticos una ojeada a los televisores sintonizados en el programa de noticias violentas, ya está ahí: tres muertos, se llevó treinta y cinco mil de la ventanilla de dólares, nadie vio el coche, se desconoce su rumbo, actuó solo.

Receta amatoria para autodidactas

Tome usted un vaso con esencia de azahar serenada durante siete noches, colóquelo sobre el retrato de la persona amada (el cual habrá llevado antes a curar con agua de pila bautismal recién bendita), pase el dedo anular mojado en ella haciendo círculos alrededor de los ojos del retrato mientras repite de memoria tres veces: “Fulanito, que esta agua de redención te limpie y estos laberintos te pierdan en mí, en el nombre de mi amor, de mi anhelo y mi corazón, amén”. Después alce en la mano izquierda una vela roja con el pabilo abierto en dos y enciéndala, repitiendo de memoria tres veces: “Fulanito, que el fuego de esta vela pasional te consuma por mí, ven, únete al amor que te pido, porque somos uno mismo, Ave María por tu amor bendito, te ruego y te pido que lo logres para mí”. Dé tres vueltas con la vela en la mano alrededor del vaso y el retrato, luego hínquese, coloque la vela en medio del vaso sin que se caiga ni se apague, arrópelolo con una prenda íntima del amado y otra suya, enrede todo con un listón rojo mientras repite de memoria: “Fulanito, que no tengas sosiego ni paz sino conmigo, que mi persona llene tu pensamiento y

tu deseo, que el cielo sea el color de mis ojos y la tierra mi cuerpo, por los poderes del lado izquierdo del Señor, yo te mando a obedecer en cabalidad, mi nombre que recordarás es... fulanita de tal". Haga todo durante trece viernes seguidos, sin que se atravesase el Viernes de Dolores de Semana Santa, procure estar en el patio de su casa u otro lugar abierto. Al final el ser amado llegará y le será fiel.

Ave de mal agüero

Una sombra en la pared señala el lugar en el que el cuerpo caerá exánime.

Interactivo

A la izquierda, usando el listón como barricada, la mujer alta de vestido color zanahoria; a la derecha, casi fundido con la estructura del dintel, el hombre de traje gris; al centro la pareja desnuda. La mujer alta por fin se atreve. Con un leve movimiento de cabeza solicita permiso para acercarse; el hombre de traje aprueba. Ella va y toca desconfiada las espaldas desnudas, sus palmas reciben un choque de piedra helada. Ahora pasa los dedos de la mano derecha por el rostro femenino en éxtasis, el hombre a la derecha cambia el rostro de placer culpable por el de serenidad. Los dedos dejan surcos de humedad como si en lugar de poros llevaran una tubería descompuesta. Ella retrocede un poco, rodea a la pareja desnuda y pasa sus nudillos por las nalgas masculinas, tensas cuerdas de laúd. El hombre de traje vuelve a sonreír lascivo, los pares de ojos se encuentran, para entonces sus cuerpos están inmóviles, pétreos, imitan a la pareja desnuda.

Un grupo de niños llamados por la voz guía que pretende amenizar entra a la sala, cuchichean burlones ante el letrero de “no tocar”.